junto de algun santo (1). Constantino Copronimo, sucesor de ese príncipe malvado, le escedió todavia en crueldad; y Leon, su hijo siguió en su conducta para con los cristianos las huellas de su abuelo y de su padre: pero Irene sinceramente adicta al catolicismo, hizo convocar el segundo concilio de Nicea, donde el culto de las imágenes fué solemnemente restablecido (2), y la emperatriz Teodora, ayudada del patriarca Methodus, consolidó la obra de la piadosa Irene.

Si el insulto habia sido grave, la reparacion fué completa; los griegos desde entonces, procuraron honrar á María por todos los medios que pudieron imaginar. Se la decretaron coronas de oro; y ya no la representaban sino con la túnica de púrpura, las bandas de perlas y la diadema de las emperatrices (3); grabóse su efigie sobre las monedas: acuñaron medallas en su honor, y nunca dejaba de invocarse su nombre antes de los combates. "¡Romanos! esclamaba Narsés, en el momento de dar la batalla de Taginas á los Godos-Romanos; batíos con valor, pues que la Vírgen está por nosotros; no dejeis de invocarla durante la refriega; porque mira nuestras falanjes y nos entregará á esos impíos que le niegan el título de *Madre de Dios* (4). Inmediatamente corrió la voz en las filas que la *Panagia*, de quien Narsés era muy devoto, le habia prometido la victoria y fijado la hora del ataque. Persuadidos de que el cielo favorecia su causa, los griegos desplegaron una energía que no estaba en sus costumbres y carácter. Totila fué muerto, su ejército deshecho y dispersado, dejando la llanura cubierta de cadáveres, y la Italia libertada en nombre de Nuestra Señora de la Victoria, bendijo altamente á la Vírgen y á Narsés.

Nicetas nos ha conservado un hecho histórico que prueba hasta qué punto los emperadores del Bajo Imperio honraban á María. "Juan Comeno, despues de haber ganado una batalla,—dice ese historiador,—quiso entrar, como tenia derecho, triunfalmente en Constantinopla; dispúsose todo para la ceremonia del triunfo; las calles fueron entapizadas de seda y de brocado de oro, y se erigieron una gran cantidad de tablados en las plazas públicas, para ver pasar esa pompa que habia atraido una infinidad de espectadores de todas las provincias del imperio.

"Los trompetas coronados de laureles marchaban á la cabeza de la comitiva; despues venian las representaciones de las ciudades conquistadas y de los enemigos vencidos, en pintura, en escultura, en marfil, todo de un trabajo el mas delicado y esquisito (5); seguian luego los despojos de los enemigos, las armas, los preciosos vestidos, los vasos de oro enriquecidos con pedrería, que deslumbraban á los espectadores; despues de lo cual aparecian los cautivos, que eran príncipes bárbaros, de una alta estatura, de aspecto adusto y de una majestad terrible, que caminaban encadenados segun la costumbre, con el semblante abatido, los ojos tristes, la cabeza inclinada unas veces por la vergüenza, y otras levantada por un movimiento de rabia y desesperacion. Tras ellos se adelantaba el carro triunfal, tirado por cuatro caballos blancos; esperábase ver sobre ese carro *el imperator*, revestido con sus ropajes de púrpura ó de escarlata, adornado con los mas ricos bordados y la corona de laurel en la cabeza; pero no vieron mas que la imágen de la Santísima Vírgen que, como la causa de la victoria, ocupaba el lugar del vencedor. El emperador á caballo y seguido de su brillante corte, cerraba esta marcha cristiana, mas feliz por manifestar de ese modo el triunfo de María, que de haber triunfado él mismo."

Para saber hasta qué punto se reverenciaba á la Vírgen en el Asia Menor, bastará referir sumariamente lo que pasó en Efeso cuando se celebró el concilio que anatematizó la herejía de Nestorio en 431.

El dia en que debia decidir el concilio sobre la maternidad divina de María, el pueblo, inquieto y agitado, inundó las calles y se agolpó alrededor del templo magnífico que la piedad de los habitantes del litoral del mar Icario, habia construido bajo la invocacion de la Vírgen. Era allí donde doscientos obispos ecsaminaban las propuestas de Nestorio, que él no se atrevió ir á defender; tan poco confiaba en la justicia de su causa y en la bondad de sus argumentos. Las oleadas de pueblo que inundaban el átrio de la basílica y las calles adyacentes, guardaban un silencio profundo, y la inquietud se pintaba sobre el rostro animado de esos griegos, cuyas facciones, hermosas y espresivas, pintan tan bien las diversas impresiones del alma. Un obispo se presenta; anuncia á la multitud muda y conmovida que el anatema del concilio está pronunciado contra el novador, y que la Vírgen santa será sostenida gloriosamente en su augusta prerogativa. Entonces los transportes de gozo estallan ruidosamente por todas partes. Los de Efeso y los demas estranjeros que habian acudido de varias ciudades de Asia, rodeando á los padres del concilio, besaban sus manos, sus vestidos, y quemaban en las calles por donde tenian que transitar, pastillas odoríferas. La ciudad se encontró improvisamente iluminada, y jamas hubo alegría mas espontánea y universal. Se cree que fué en ese concilio de Efeso, en donde San Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidia, compuso esa hermosa oracion á la Madre de Dios, que

1 *Hist. Ecles.*—Leon Isaurico era tan cruel, que no habiendo podido hacer participar de su furor contra las imágenes á los letrados encargados del cuidado de la biblioteca pública, los hizo encerrar en esa biblioteca rodeada de madera y de materias combustibles y mandó poner fuego á ella. Medallas, infinidad de cuadros y mas de tres mil manuscritos perecieron en ese incendio.

2 Los protestantes han declamado con mucha violencia y acritud contra este concilio que se esplica tan claramente sobre el culto de las imágenes. En el décimosesto siglo, tenian horror á la emperatriz Irene, á quien calificaban de *rabiosa*, afirmando que ella habia establecido la *adoracion* de las imágenes. (Carta al obispo de Angers sobre los milagros de Nuestra Señora de Ardilliers, en 1594).

3 Bajo este trage está representada la Vírgen en las medallas de Zimisceo y de Teofania.

4 *Hist. del arian*, por el P. Maimbourg, t. 2.

5 Josefo hace una descripcion magnífica de las representaciones de ciudades que adornaban las fiestas triunfales.

la Iglesia ha adoptado: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ. Amen!*

CAPITULO V.

ORIENTE.—LAS GUERRAS SANTAS.

Los cristianos de la Asia Mayor no manifestaron menos zelo que los griegos de ultramar en manifestar su devocion á María. Mucho antes de Constantino, una iglesia del nombre de la Santísima Vírgen se elevaba como un faro en el alto promontorio del monte Carmelo, cuya base ofrecia en las hoquedades que abre en ella el contínuo embate de las olas, un nido en que abrigarse á la golondrina del mar. Tiro, la reina sin corona, pero aun poderosa de los mares del Levante, se distinguia por su Catedral de cedro y de mármol, que eclipsaba las basílicas bizantinas de los Césares. Damasco, *la esmeralda del desierto*, gastaba sin pesar doscientos mil dinares de oro en construir su espléndida iglesia de *Mart-Miriam* (Santa María), á la que pusieron fuego los Mahometanos bajo el Califado de Moctader, el año 312 de la Egira (1). Antioquía tenia tambien una soberbia basílica dedicada á Nuestra Señora, de cuyas bóvedas pendian lámparas de oro, ante su veneranda imágen, que fué preciso ceder muy pronto á la piadosa codicia de la emperatriz Pulcheria, que la sustituyó con una pequeña estátua de cedro de la Madre de Dios, milagrosamente hallada en el tronco carcomido por el tiempo de un enorme ciprés, que arrastraba sus ramas en las aguas del Orontes (2). El Líbano, esa hermosa montaña que, bajo un cielo de fuego, como dice Tácito, conserva fielmente sus nieves y sus sombras (3); el Líbano, *cuyos altos cedros habia el Señor plantado con su mano*, ocultaba en sus cavernas de rocas una multitud de solitarios que habian consagrado á María el trabajo de sus oraciones y penitencias. Sentados á la orilla del rio que tomó por su vecindad el nombre que aun conserva de *Santo*, y que corre entre dos márgenes de césped pintorescamente sombreadas, estos hombres laboriosos, amantes de la oracion y de las meditaciones esculpian, á la sombra majestuosa de los cedros que dejaban caer sobre ellos, á traves de sus ramas, una luz semejante á la que desciende como una lluvia de púrpura, de zafiros y de oro de lo alto de las ventanas góticas de nuestras catedrales, esas pequeñas estátuas de la Santísima Vírgen, que los peregrinos de Occidente, al visitar la tierra Santa desde los primeros siglos del cristianismo, llevaban á Europa para depositarlas en capillas señoriales ó en las iglesias que han hecho célebres por sus milagros.

María tenia tambien santuarios en las agrestes soledades del Monte Sinaí. En el fondo de una barranca tapizada de verdura, tan profundamente encajada entre enormes peñascos, que la cima de las mas altas palmeras guardaba allí siempre una inmovilidad completa, pues que nunca sus hojas movia el impulso del mas ligero zéfiro, se elevaba en medio de un bosquecito de álamos y de olivos, un convento erigido bajo la invocacion de la Santa Vírgen. Nada turbaba el melancólico silencio de este oasis incrustado en las peñas; y solo se hacia oir á veces sordamente el ruido pavoroso de las tempestades que estallan de continuo sobre esas elevadas regiones. En esta tumba apacible, que servia de morada á algunos vivientes, no se escuchaban otras voces sino las de los cánticos de alabanza, que de cuando en cuando se elevaban de ella para ensalzar á *Aquel que era antes que los montes*, y á *Aquella por quien habia obrado tantos y grandes portentos.*

En Persia se ven todavía las ruinas de muchas iglesias y monasterios del nombre de María, que manifiestan el estremado celo que los cristianos de aquella parte del mundo pusieron en edificar esos lugares de oracion. Eliseo Vartabed, autor armenio muy estimado, que floreció en el siglo quinto, nos ha conservado, en su historia religiosa de las guerras de Armenia, un discurso del rey de los reyes Jesgird, en occidente Isdigerdés, en que se acredita lo que hemos dicho. "He sabido por mis padres," decia ese príncipe en un gran consejo compuesto de sátrapas y de magos, en el cual se agitaba la cuestion de una persecucion prócsima contra los cristianos, que en tiempo del rey Chabouh II [en 319], cuando la religion del Cristo empezaba á estenderse en la Persia y mas allá de los países orientales, nuestros principales *mobeds* [doctores] aconsejaron al rey aboliese el cristianismo en sus estados. Procuró hacerlo, pero en vano, porque cuantos mas esfuerzos empleaba para detener esta religion en su carrera, tantos mas progresos hacia. Los cristianos de Persia eran tan atrevidos que fabricaban en todas las ciudades, iglesias que escedian en magnificencia á las mansiones de los reyes; levantaban asimismo oratorios sobre los sepulcros de sus mártires, y no habia lugar habitado ó desierto que no llenasen de conventos (4)."

La estincion del cristianismo quedó, sin embargo, en este consejo en que los magos eran los mas influentes; pero el rey resolvió emplear la corrupcion antes de llegar á la violencia, como dicen los mismos persas; procuró desde luego derramar el *veneno mortal en la copa de leche.* Llamando á *su puerta á los nakarars* ó grandes de Armenia, que gobernaban feudalmente pequeños principados, hereditarios en sus familias, bajo la autoridad de un *maban*, ó virey nombrado por la Persia, les prodigó alabanzas, palabras dulces y grandes promesas, á fin de conseguir de ellos el sacrificio de su religion. Los que cedieron, obtuvieron gobiernos, títulos honoríficos, hermosas y fértiles casas de campo, ó cuando menos, caballos árabes soberbia-

1 D'Herbelot, Bibliot. Oriental.

2 Astolfi, *delle Imagini miracolose.*

3 *Táciti Historiarum*, lib. V.

4 Historia de la rebelion de la Armenia cristiana, por Eliseo Vartabed, cap. 3º

mente enjaezados. Jamas habian salido del tesoro real tantos brazaletes de esmeraldas, tantos cinturones de oro, batidos al martillo, é incrustados de rubíes y de perlas; tantas piezas de brocado de Roum, con fondo escarlata y oro, y flores de pedrerías; nada se omitia para conseguir el fin que se habian propuesto. Sin embargo, los desertores de la verdadera fé que pasaban al campo de los magos eran tan pocos, y el rey de los reyes tenia tanto deseo de esterminar el cristianismo, que, arrojando violentamente la máscara de moderacion con que se habia encubierto, lanzó un edicto ciertamente curioso: en él, despues de haber alabado, segun las antiguas fórmulas de la corte de Persia, al Dios Santo, *Señor de las estrellas y de la luna*, al poder de quien nada se oculta, *desde el sol hasta la noche sombría, desde el humilde manantial hasta las olas azules del océano*, proseguia esponiendo los puntos fundamentales de su falsa creencia, y denigrando á los cristianos, con el fin de inspirar la mas alta reverencia por las virtudes que se atribuia él mismo (1). Este edicto real fué seguido prontamente de otro, que ordenaba á los armenios abrazaran sin dilacion el culto del fuego; que contrajeran alianzas con sus parientes mas cercanos, todo para contrariar la ley de Jesucristo, que declara que semejantes matrimonios son criminales; y por fin, acababa por mandar sacrificasen al sol cabras y toros blancos.

El apóstol ha dicho: someteos á los poderes que os gobiernan; pero Dios ha mandado preferir la muerte á la idolatría. Así pues, los Armenios, en vez de conformarse con el impío edicto de la corte de Persia, continuaron celebrando en sus campos de caballería el servicio divino, y escuchando las producciones de los sacerdotes que, á imitacion de los antiguos levitas de Israel, les acompañaban á los ejércitos. En vano Isdigerdés, separándolos en pequeños cuerpos, los diseminó en los puntos mas retirados y peligrosos de las fronteras; en vano les dió por cuarteles de invierno los desfiladeros mas espantosos de las montañas ó los países mas enfermizos; en vano trató de vencer su resolucion haciéndoles soportar los rigores de la sed y del hambre, mientras que, por otra parte, la infeliz Armenia, esprimida como la uva en el lagar, daba al fisco persa sus últimas gotas de oro. En medio de todas estas miserias, el árbol de la fé no permanecia menos *verde cual si fuese un hermoso ciprés*. Los cristianos de Armenia lo habian soportado todo; pero la paciencia les faltó cuando el rey de los reyes emprendió locamente arruinar los monasterios puestos bajo la invocacion de los santos, y convertir las iglesias en templos del dios del fuego. Subleváronse de una estremidad á otra del reino, y el entusiasmo supliendo al número, hizo que todas las fortalezas persas fuesen tomadas y todas las piras entregadas á las llamas. Dióse una gran batalla, en que los persas eran diez contra uno, en las fronteras de la Georgía, á orillas de un riachuelo que lleva al Gour (Cyrus) el ligero tributo de sus aguas. El ejército persa presentaba el espectáculo mas espléndido y mas importante; sus elefantes de combate cargados de torres, desde cuya altura unos arqueros hábiles lanzaban sus flechas de álamo, se estendian sobre las alas, y en el centro, estaba la terrible *milicia de la izquierda*, la falanje de los *inmortales*. Estos numerosos escuadrones, resplandecientes de oro, se movian al sonido de los clarines, de las trompetas y de los campanillos del Indostan; las banderas rojas, amarillas y violetas, ondeaban como tulipanes á la estremidad de las lanzas; los gefes de guerra y los sátrapas, sacaron de las vainas de oro sus espadas indianas, y lanzaron al combate ligeros corceles árabes con frenos de oro y brillantes gualdrapas. Vestidos de colores obscuros y llevando la cruz en sus banderas de color obscuro tambien, los armenios, que no eran sino un puñado de valientes, despues de haber levantado al cielo sus manos y sus corazones, marcharon al encuentro del enemigo entonando un cántico sacado de los salmos. "Sed juez entre nosotros y nuestros adversarios, Señor,—cantaban los insurgentes cristianos,—tomad vuestro arco y vuestro escudo para defender nuestra causa que es la vuestra; difundid el espanto en los numerosos escuadrones de esos impíos. Que se disipen y dispersen ante la señal augusta y santa de la Cruz. No nos importa el morir siendo por vuestro amor; y si es dando la muerte á esos infieles, serémos los mártires de la verdad."

Escitados por esta oracion, los armenios se precipitaron furiosos sobre los persas y rompieron su ala derecha en el primer choque. La batalla fué terrible, el aire, erizado de flechas, se asemejaba á el *ala de un buitre*, y las espadas azules centelleaban como el relámpago que surca los cielos en medio de la tempestad. El entusiasmo ecsaltado por la fé arrancó la palma del triunfo: la derrota de los persas fué completa, y los cuerpos de nueve grandes sátrapas *amigos del rey*, no tuvieron otra mortaja que las flores silvestres de la llanura, ni otro sepulcro que el vientre de las fieras y de los buitres. Las aguas de Lomeki se enrojecieron con la sangre, y un solo soldado de caballería pudo libertarse sobre un dromedario para llevar á la corte de Persia la nueva de este desastre. Sin embargo, esta victoria, por grande é inesperada que fuese, no podia ser decisiva; los cristianos de Armenia no tenian ni oro ni aliados. Marciano, el emperador griego, que habia implorado con muchas súplicas en nombre de Cristo y de su Santa Madre, habia enviado con la mayor bajeza y

1 "*No tengais fé en vuestros gefes que llamais nazarenos*, decia él á los armenios, en ese edicto real que Eliseo Vartabed nos ha conservado, *porque son muy mentirosos y embaucadores. Lo que os enseñan con sus palabras, lo desmienten con sus obras. Comer carne, dicen ellos, no es pecado... ¡y sin embargo, ellos no la comen! Tomar mujer, dicen ellos, es cosa conveniente... ¡y sin embargo, no quieren ni aun mirar á las personas del otro secso! No se peca enriqueciéndose honrosamente, dicen esos hombres, y no cesan de predicar y alabar la pobreza. Preconizan la desgracia, é insultan la prosperidad; desprecian toda clase de gloria; les gusta ponerse vestidos groseros como unos miserables, prefiriendo las cosas viles á las cosas preciosas; alaban la muerte y menosprecian la vida; en fin, han erigido la castidad en virtud, de suerte que, si sus discípulos los escuchasen, muy pronto llegaria el fin del mundo.*" (Rebelion de la Armenia cristiana, cap. 2º)

cobardia un embajador á la corte de Persia, para protestar al rey de los reyes que no tenia ninguna parte en la rebelion de la Armenia cristiana, y que en manera alguna tomaria en ella parte. Isdigerdés comprendió que César tenia miedo, y confiándose en su cobardía, resolvió proseguir la esterminacion del cristianismo en Armenia; mas sus deseos no se realizaron. Los cristianos, agobiados por el número, perdieron una gran batalla, en la cual quedó muerto el héroe que los mandaba, Vartan el Mamigonio, príncipe, de orígen chino, que sucumbió despues de haber hecho prodigios de valor. La Armenia, reducida ya al último estremo, no se confiesa sin embargo vencida. Abandonáronse las ciudades para ir á habitar en los bosques y en los desfiladeros de las montañas, celebrándose el oficio divino en el fondo de las cavernas: los obispos armenios sufrieron el martirio con inalterable constancia, y los príncipes, acostumbrados al aire libre y fresco de sus altas montañas, fueron trasportados, cargados de cadenas al Korassan, bajo cuyo cielo de fuego reina el Simoun, que mata á la manera del rayo (1), y cuyo suelo es un océano de arena abrasada. Allí habrian perecido de miseria, si dos confesores mutilados por el sable de los persas no hubiesen emprendido recoger entre los cristianos cautivos de las provincias vecinas, limosnas que entregaban á los grandes señores, tambien cautivos: esto duró como siete años. Uno de esos ángeles de caridad murió del cansancio en los desiertos abrasadores del Kohistan, cuyo calor ha comparado un viajero moderno al de una placa de hierro candente; el otro continuó solo la misma obra de misericordia y de fraternidad. Isdigerdés, desarmado por una constancia tan heróica, puso término á ese duro cautiverio; pero no fué sino despues de cincuenta años de negociaciones, de treguas y de combates, hasta que Vahan el Mamigonio, sobrino del gran Vartan, el héroe de la Armenia, terminó esta guerra santa empezada en 450 (2).

Si las iglesias cristianas de la Persia merecian ser comparadas á los palacios de sus reyes, de los que los poetas árabes nos han dejado descripciones fabulosas de magnificencia (3), la de los pueblos que habitan entre el Ponto-Euxino y el mar Caspio eran muy pobres comparativamente. Al principio no fueron mas que edificios de madera, en donde se llamaba á los fieles al oficio los dias de fiesta, golpeando dos planchas de metal una contra otra; porque las campanas eran desconocidas hasta entonces. La primera iglesia de piedra de los armenios, fabricada cerca de los manantiales del Tigris, fué puesta bajo la invocacion de María. Poseia como muchos santuarios de la Siria y de la Asia Menor, una imágen milagrosa de la Vírgen, que se habia confiado á la guarda de mujeres (4) virtuosas y castas.

La catedral de Mtzkhètha, antigua capital de Georgia, fué la primera iglesia cristiana de esa comarca; los georgianos la dedicaron á la Vírgen. Allí guardaba en otros tiempos el famoso *Khiton*, uno de los vestidos desgarrados de Jesucristo. Muchas veces destruida, pero siempre reedificada con elegancia en el estilo georgiano mas elevado, se ve todavia brillar en ella el mármol y el jaspe verde. Una inscripcion escrita con letras de oro sobre una de las columnas, dice que este templo divino y venerable de Maria *Reina de los georgianos*, Madre de Dios y siempre Vírgen, ha sido reedificado por la munificencia y por los cuidados de una princesa georgiana llamada Pebanpato.

La metrópoli de la Mingrelia estaba igualmente dedicada á la Vírgen, y se veneraba en ella una de sus túnicas guardada en una caja de ébano incrustada de flores de plata. Esta túnica hecha de una tela preciosa, con fondo color de nankin y flores brillantes bordadas á la aguja, se le mostró á Chardino cuando atravesaba la Mingrelia para volverse á Persia.

En las regiones del Cáucaso, que abundan en conventos dedicados á María, se ven los mas hermosos monasterios construidos en los sitios mas elevados y de dificil acceso, y aun muchas veces estaban defendidos por fuertes castillos. El de *Miriam-Nischin* en Georgia, estaba edificado sobre una roca del Cáucaso, en medio de un hermoso lago de la montaña que lo hacia inaccesible por la parte de tierra, y ademas, lo protegia una fortaleza que pasaba por inespugnable. El castillo y el monasterio fueron sitiados por Melik-Schah, bajo el reinado de Alp-Arslan, su padre, segundo sultan de la raza de los seljoucides. En el momento en que el ejército del príncipe musulman se disponia á entrar en las barcas para dar el asalto, y que la guarnicion, diezmada por el hambre, veía venir este asalto con un desaliento mezclado de espanto, hízose un horroroso terremoto, y el monasterio de Santa María cayó destruido en el lago (5). Túvose por un milagro este desenlace estraño. "La Vírgen, dijeron los georgianos, ha querido mejor ver destruido su santuario que violado."

Delante de la puerta principal de Djoulfa, ciudad armenia antigua y comerciante, situada cerca de uno de los vados mas cómodos del Araxes, se eleva un poco aislado sobre la angosta meseta en que se habia construido, desde los primeros siglos del cristianismo, un monasterio en honor de la santísima Vírgen. Los declives de esta roca escarpada,

1 El Simoun es un viento mortal que ahoga á los viajeros si no se apresuran á esconder la cara en la arena. En la descripcion de Niebuhr, edicion de Copenhague, págs. 6, 7 y 8, se encuentran detalles muy curiosos sobre el Simoun. Este viento se levanta entre el 15 de Junio y el 15 de Agosto; sopla con gran ruido, parece encarnado é inflamado y mata por una especie de sofocacion. Su efecto mas sorprendente no es la muerte que causa, sino el de que los cadáveres de aquellos á quienes hiere quedan como disueltos, sin perder su figura ni aun su color, de manera que se diría que están durmiendo. Si se tocan esos cadáveres, la parte que se ha tocado se desprende en el acto.

2 Continuacion de Eliseo Vartabed, por Lázaro Parbe, c. 3.

3 La descripcion que hace Auter del palacio de Cosroés se parece á las de las *Mil y una noches*. En ella se ven salas de mármol y de cornalina encarnada, fuentes de agua de rosa, estanques de donde se elevan columnas de esmeraldas sobre las que se hallaban pájaros de oro bruñido con ojos de topacios.

4 *Geografia antigua de la Armenia*, Venecia, 1822.

5 De Herbelot, *Bibliot. Orient.*

en la cual florecen aún hermosos jacintos azules y ramilletes de odorífera mejorana, están cubiertos de magníficos sepulcros y de antiguas piedras tumulares; pero los habitantes ¿adónde están?.... hubo un dia, en que un déspota asiático (1) quiso borrar á Djoulfa, poblacion de cuarenta mil almas, del número de las ciudades del globo, y mandó á ella á Thamas-Kouli-Beg, con órden de hacerla evacuar en el término de tres dias; y fué obedecido. Los habitantes enterraron á toda prisa sus riquezas en sitios ocultos, esperando, pero en vano, que Schah-Abbas, ya aplacada su cólera, les permitiria venir á poblar de nuevo su antigua ciudad. Al fin del tercer dia, cuando fué ya preciso partir, y que el último minuto hubo pasado, cada uno, tomando las llaves de su casa, siguió á los sacerdotes que llevaban tambien las de las iglesias. Llegan al pié de la roca en donde el santuario de María dominaba aun los sepulcros antiguos de sus abuelos, y entonces estalla su dolor y desesperacion en lastimeros sollozos. Obligados, sin embargo, á proseguir su camino los infelices desterrados, echaron una triste y última mirada sobre su ciudad despoblada, y despues de haber puesto sus iglesias y sus casas bajo la guarda especial de la Vírgen Santísima, arrojaron en el rio las llaves.

Los egipcios, que jamas habian doblado la rodilla ante las divinidades estranjeras, y que se envanecian de no salir de los ritos de su religion bestial, como la llamaba Flavio Josefo, en el tiempo en que florecia aún, habian abandonado á *sus dioses que brotaban de la yerba*, y devuelto á los cañaverales del Nilo los horrorosos cocodrilos á quienes sus devotos servian de alimento (2), para adorar el Dios sacrificado en el Calvario. Los descendientes del pueblo antiguo de los Faraones habian construido una hermosa iglesia en el pueblecito egipcio, donde se habia refugiado la Santa Familia, para sustraerse á las impías pesquisas de Herodes, y le habian dado el nombre de Nuestra Señora de Matarich; una risueña fuente, donde la Santísima Vírgen lavaba las ropas del Dios-Niño, habia recibido el nombre de Fuente de María, y esta fuente, así como el gigantesco sicomoro que habia dado sombra frecuentemente á la Madre y al Niño, eran el objeto de numerosas peregrinaciones. La catedral del Egipto estaba igualmente dedicada á Nuestra Señora.

La iglesia de Alejandría, que brillaba entre todas las iglesias del mundo cristiano como un fanal que proyecta á lo lejos su luz, habia unido, desde el cuarto siglo, á su silla patriarcal, un reino casi desconocido de los romanos, y sobre el cual Plinio ha dicho las cosas mas estrañas (3); la Abisinia, cuyos pueblos judíos, sabeos, idólatras, en fin, estaban gobernados por reyes descendientes de Makeda, la hermosa reina negra que llenó de perfumes y de pedrerías la ciudad de Jerusalen, y que tuvo un hijo del rey Salomon. Un jóven mercader de Tiro, que traficaba en pedrerías, habiendo naufragado sobre las costas africanas del mar Rojo, fué apresado al momento y despues conducido á Axoum, la antigua capital de la reina de Sabá, y presentado como un cautivo de distincion al *neguz* [emperador], aquel príncipe, *á cuyo nombre los leones inclinan la cabeza*, logrando por su buen comportamiento que el neguz lo hiciese su tesorero. Despues de la muerte del príncipe negro, la educacion de su hijo menor, Abreha, fué confiada al jóven tirio, que instruyó secretamente á su discípulo en su creencia, y concibió la magnífica esperanza de llegar á ser el apóstol de estos reinos semi-bárbaros. Para obtener este fin, vuelve á Alejandría, en donde San Atanasio le consagra obispo de Axoum. A su regreso, Frumencio, que fué nombrado *Abba Salama* [el padre de la salvacion], bautizó á Abreha con los principales personajes de su corte; y una gran parte del pueblo no tardó en seguir el ejemplo de sus gefes. Esta revolucion religiosa se efectuó como deben efectuarse todas las revoluciones religiosas, es decir, sin derramar una sola gota de sangre. Abreha, y su hermano Atzbeha, que reinaron juntos con una armonía admirable, predicaron ellos mismos el cristianismo á sus súbditos (4), y construyeron un gran número de iglesias en honor del verdadero Dios, bajo la invocacion de Mariam [María]. Una de esas iglesias antiguas, á causa de la exuberante vegetacion que la rodeaba, tomó el lindo nombre de *Mariam-Chaouitou* [Nuestra Señora la Verde].

El cristianismo se estendia entonces sobre la costa opuesta del mar Rojo, en el Yemen, cuyos habitantes adoraban los astros y los árboles; entre ellos se hallaba un gran número de judíos. Un príncipe de esta nacion, que habia usurpado el supremo poder en Arabia, persiguió á los cristianos y desterró, en 520, á S. Gregencio, árabe de orígen, y arzobispo de Tafar, metrópoli de ese país. San Aritas, gobernador de Nagran, antigua capital del Yemen, no quiso apostatar de su fé; lo prendieron y fué conducido secretamente fuera de la ciudad, donde le hicieron morir á orillas de un arroyo. Su mujer y su hija perecieron tambien en medio de los suplicios con trescientos cuarenta cristianos (5), y como Dunaan continuaba martirizando á todos los que no querian renunciar su creencia, Caleb, rey de Abisinia, hizo en 530 una espedicion contra

1 Schah-Abbas despobló totalmente la ciudad de Djoulfa, en 1605.

2 Josefo *contra Appion*, lib. 2.

3 Segun Plinio y algunos otros geógrafos antiguos, la Abisinia estaba poblada de hombres que no tenian en el rostro ni nariz ni boca, y cuyos ojos estaban colocados en el hueco del estómago; allí se encontraban tambien hombres sin cabeza ó con cabeza de asno, etc. Plinio, que refiere estas cosas prodigiosas, no agota la materia y se detiene modestamente, de miedo, dice él, de que parezca increible, lib. VI, cap. 30, y lib. V, cap. 8.

4 "Salud, Abreha et Atzbea, que habeis reinado simultáneamente, que habeis predicado con vuestra boca la religion de Cristo á aquellos que seguian la creencia de Moises, y que habeis levantado templos en su honor." [Liturgia *abisiniense*, Conmemoracion de los muertos.]

5 He aquí una oracion dirigida á los mártires de Nagran por la iglesia de Abisinia:

"Saluto pulchritudinem vestram amœnam,
O sidera Nagrani! gemmæ quæ illuminatis mundum,
Conciliatrix sit mihi illa pulchritudo, et pacificatrix.
Coram Deo judice si steterit peccatum meum,
Ostendite ei sanguinem quem effudistis propter
Pulchritudinem ejus."

[*Liturgia abisiniense.*]

él, en la que logró vencerle. Despues de esto el *neguz*, disgustado del trono, envió su diadema á Jerusalen (1), abdicó la soberanía en favor de su hijo, y se encerró en un monasterio, no llevando consigo mas que una copa para beber y una estera para acostarse. Las tropas africanas que habia mandado para socorrer á los cristianos del Asia, seducidas por la hermosura y la riqueza de ese suelo feliz, resolvieron fijarse allí. Esos cristianos negros, mandados por el gobernador del Yemen, fueron los que hicieron contra los árabes de la Meca, la guerra conocida bajo el nombre de *guerra del elefante*. No obstante, la Arabia feliz no permaneció mucho tiempo en su poder, pues los persas la conquistaron hácia el año 590, hasta que ellos mismos fueron arrojados del suelo de su conquista por los caudillos de Mahoma.

Cuando los Abisinios se convirtieron, la doctrina de Nestorio agitaba la Iglesia. Se sabe que las opiniones de este obispo, que negaba á María el título de Madre de Dios, fueron condenadas por el concilio de Efeso: pues bien; los habitantes de la Abisinia en su entusiasmo ecsagerado por la Santísima Vírgen, no se contentaron con reprobar la herejía de Nestorio; al título de Madre de Dios, añadieron el de *Mundi Creatrix*, para testificar la idea sublime que tenian de María. Nada en efecto es comparable al amor y al respeto de que ella es objeto desde las orillas del Nilo Azul, hasta las montañas de la Luna. Los errores de Dióscoro y de Eutichès, que los abisinios desgraciadamente han seguido, no han influido sin embargo, sobre este punto en sus ideas.

El antiguo Oriente parecia rejuvenecido por su devocion á María; amaba su culto y solemnizaba pomposamente sus fiestas, cuya mayor parte eran de fundacion apostólica. La de la Anunciacion se miraba, en tiempo de San Atanasio, segun nos lo dice él mismo, como una de las mas grandes fiestas del año, y como un preparativo á la de la Asuncion, que se celebraba con grande esplendor, desde el Nilo hasta el Cáucaso, bajo la denominacion de *Pascua de Nuestra Señora*, por un ayuno de quince dias (2).

Todo hacia creer que el Evangelio iba á estenderse de una estremidad á otra del Asia, y ya empezaban á anunciar al pueblo idólatra del Celeste Imperio *Aquel Santo*, nacido de una vírgen, que la tierra esperaba, decian los discípulos de Confucio, *como las plantas marchitas esperan el rocío;* pero, ¡ay! un huracán mas furioso, mas destructor, mas irresistible que el viento abrasador del desierto, y nacido como él en las llanuras arenosas de la Arabia, vino á combatir el cristianismo con una fuerza que Satanás sin duda le habia dado.

Desde luego se oyó vagamente un ruido de armas á orillas del mar de los cañaverales; el árabe se bate con furor contra el árabe, y los árbolesídolos caen al mismo tiempo que los templos cristianos; despues de esto, todo volvió al silencio por ese lado, y legiones de caballeros con sus *abbas* listados de blanco y negro, se precipitaron sobre la Siria como una nube de langostas, destruyendo con el reves de sus cimitarras mil y cuatrocientas iglesias cristianas. Desde allí se arrojaron sobre la Persia, que sucumbió abandonándoles el famoso estandarte de *Kaved*, del que dependian los destinos del imperio de los magos (3). Las llamas de la soberbia biblioteca de Alejandría alumbraron su tempestuoso paso al traves del Egipto; bien pronto llegaron al litoral africano, en donde en otro tiempo habia dominado Cártago, y al punto queda bajo su dominio. Llegados al lugar donde la antigüedad habia colocado las columnas de Hércules, los fogosos vencedores hicieron entrar sus corceles en el estrecho de Gibraltar, y esclamaron agitando fuertemente sobre las olas las hojas azuladas de sus *espadas*: "¡Dios de Mahoma! ¿tú lo ves? la tierra falta á las conquistas de los *verdaderos creyentes* (4)!" El Africa y el Asia tuvieron que inclinar sus cabezas bajo el yugo embrutecido y feroz del islamismo, y las tinieblas de la ignorancia invadieron muy pronto el espléndido é ingenioso Ori te.

CAPITULO VI.

Occidente.—Las Madonas.

Constantino, despues de haber elevado en el recinto de Roma, esa ciudad divinizada que el paganismo habia puesto en medio de las estrellas (5),

1 ¡Salud, Caleb! que abandonásteis el signo de vuestro poder, cuando enviásteis en ofrenda vuestra corona al templo de Jerusalen: á vos que no abusásteis de vuestra victoria, cuando hubísteis destruido el ejército de los sabeos." [*Liturgia abisiniense.*]

2 El primer dia del mes de Agosto se llamaba en el calendario siriaco *Saum Miriam*, el ayuno de Nuestra Señora, porque los cristianos de Oriente ayunaban desde ese dia hasta el 15, que nombraban *Fithr Miriam*, es decir la cesacion del ayuno ó la pascua de Nuestra Señora. [De Herbelot, Bibliot. Orient. t. 1.° pág. 2.]

3 Los antiguos romanos habian unido los destinos de su imperio á los de su templo de Júpiter Capitolino, que fué quemado precisamente á la aparicion del cristianismo; los persas tenian antiguas tradiciones que anunciaban la caida del imperio mago, cuando su célebre estandarte cayese en manos del enemigo. El imperio cayó en efecto al mismo tiempo que el estandarte en la batalla de Kadesia. Esa bandera, que al principio era un delantal de un herrero, levantado en una guerra de independencia contra el tirano Zohak, y aceptado como señal de dicha por Feridoun, uno de los mas grandes reyes del Iran (la antigua Persia), fué cubierto de brocado de Roum, y adornado con una magnífica imágen del sol y de piedras preciosas, remataba en un globo de oro, que figuraba la órbita de la luna, y alrededor fluctuaban anchos gallardetes rojos, amarillos y violetas. Llamaban á este estandarte *Kaweiani direfsh* [el estandarte de Kawed]. Despues de Feridoun, los reyes de Persia se habian impuesto el deber de adornarlo con piedras preciosas, y para colocarlas, se habian visto precisados á agrandar muchísimo esa famosa bandera, que llegó á tener de veintidos piés de largo sobre quince de ancho cuando cayó en poder de los árabes, que lo hicieron pedazos y se la repartieron con lo demas del botin. (Price, *Muhanim, history*, tom. 1.°, pág. 116; y Huft Kolkoum, tom. IV, pág. 126).

4 Florian, *Compendio histórico sobre los moros.*

5 "Escúchame, ó magnífica reina de tu universo, ó Roma admitida en los estrellados cielos, dice Rutilio, célebre poeta pagano de la última edad, hablando de las letras romanas.—Gracias á tus templos, no estoy lejos del cielo." Roma era, en efecto, una ciudad divinizada que tenia sus templos y sus sacerdotes.